

# Puro cuento



Bogotá, 12 de agosto

## **Carta de recomendación de un viejo amigo a Quincio Galoche para el premio del Archivo Literario**

Me sabe a poco el verlo a usted, pedazo de nada,  
traicionero de todo lo que fuimos y lo que juramos  
ser, siendo alzado entre un montón de insultos y  
bendecidos. ¿Dónde dejó este pedazo de hombre  
que nunca pudo ser? ¿Lo dejó en la mitad de la  
plaza, oliendo a ayer, disfrutando de ser apócrifo?  
Sabe qué, Tulio, nunca me vuelva a hablar.

Quincio Galoche, *Voces de un ganso*

Quincio Galoche merece absolutamente cada premio que se le pueda entregar a un escritor que nunca en su vida ha escrito algo propio.

Se merece un premio hoy, uno mañana y ese que ya se ganó. El de mañana se lo darán los que pensarán ser como Galoche; el de ayer, se lo dieron los más solapados del gremio, y el de hoy, se lo dan sus más fieles amigos, sus compinches de siempre, sus sospechosos habituales, por su originalidad en robarse todo.

De María Eugenia Torres se robó los manuscritos que armaron *El cielo entre tus ojos*, un libro dedicado a la vida y al ser feliz con uno mismo. Se los robó literalmente, metiéndose a la casa de Torres, con una pistola de juguete en caso de que lo agarrara alguien infraganti, pretendiendo ser ladrón, más que pobre escritor. Nadie lo encontró, aunque Torres dice que a lo lejos se escucharon unos pasos con un ritmo inconsistente, tal como la obra de Torres, en la parte de abajo de la casa. Torres no se levantó porque dedujo que era innecesario. ¿Quién se iría a robar algo de ella? No tenía mucho más que un Cristo ensangrentado y sus manuscritos.

A Rigoberto Siloclino, estudiante suyo y ocasional amante, le quitó 28 cuentos y los convirtió en 26, cortando uno de una vaca que se creía de la realeza, junto a otro simplemente titulado “El acto de ser Rigoberto”; y publicó *Mis historias mías*, una antología de falsedad, digna de ser mostrada en cada partecita de Colombia.

Con Luciana Galoche no se complicó mucho la vida, pues únicamente le agarró una tarea del colegio, le cambió algunas comas y le puso un nuevo título. Así apareció “Para Luciana”, un texto que para los críticos capturó el lenguaje de la infancia, de una manera que nunca había sido pensada. Para ellos, Galoche no parecía un niño, Galoche era un niño.

Entonces, amigos de Galoche, sospechosos habituales, hoy es un día de fiesta, un día para morirse celebrando, por cada pedacito de la vida de mi amigo Quincio. Desde que nació en un hospital que ya no existe, hasta el día de ayer, donde salió a dar su primera entrevista en años, diciendo que no era culpa suya que las cosas se complicaran, pero que ya está a nada, a absolutamente nada, de sacar un nuevo libro, que pretende titular *La tempestad*.

¿De qué será *La tempestad*, mis amigos? Un libro que, por las arrugas de Galoche, está encaminado a volverse plagio póstumo. ¿Será pues una novela de misterio o una autobiografía de un militar alemán, con el nombre cambiado y el Rin convertido en Magdalena? Probablemente, pero no principalmente. Principalmente, con la tempestad esa, Quincio va a querer decir la verdad, porque cuando se llega a viejo, como Quincio y yo, no queda más que decir la verdad.

Aprovechamos entonces para darle el premio a este cleptómano de la palabra, a este titán de los cielos azulados y las historias suyas, aprovechamos antes que él mismo se coma las rosas que hoy le tiramos. Seamos inteligentes y bailemos un vals y de fondo dejemos que suenen fragmentos de los robos, descifrando al maestro.

Ahora, no faltarán los que se levanten indignados, los que agarrarán sus cosas para montarse en la limusina e irse leyendo este cuento que decía que no había más que mentiras en cada eslabón de cada especie. Un cuento, puro cuento, de Quincio Galoche, original mío, suyo y mío, de Tulio Roca, empresario y pescador.

Pero que todos ellos, como decía mi amigo Galoche, se vayan hasta donde les llegue la capacidad de ir, que se vayan a oler las rosas y a disfrutar de tener dinero. Quedémonos aquí los interesados en la verdad, los que merecemos entender que Tulio Roca, su servidor, se merece un pedacito de algo y que Quincio Galoche puede vivir con un pedacito de nada.

¿Y entonces? ¿Cómo será *La tempestad*? En prosa, en verso, enfascado en ser mucho y siendo poco a la vez. Yo digo que sí, yo digo ciertamente que sí. Galoche por fin se atreverá a decir algo más que algo que ya dijeron y saldrá a defenderse con palabras ultrajadas. Dirá: “Yo nunca me robé nada que no fuese digno de prestarse, yo nunca

dije una mentira, simplemente me dediqué a no negar. Y sí, puede que Túlio Roca tenga razón. Y sí, esa tarde en el bar El Cisne en la cuarta copa de ron después de acabarnos la botella de ginebra, me puse a rebuscar el bolso y encontré una bella historia, mi penúltimo libro, que con un título medio cambiado y ligeramente mejor ha resultado siendo *Voces de un ganso*. Conuerdo, Roca tiene razón, pero eso no quiere decir mucho”.

Eso va a decir Galoche, y ustedes harán caso omiso, porque quién va a creer que los discípulos del gran Quincio no sabían, mientras no predicaban la absoluta verdad. Para ustedes, si es que aquel viene ahora a decir verdades, será porque mi Quincio querido, mi Quincio adorado, ha de estar siendo humoroso, satírico y subversivo. Ya en sus años de viejo, ha de estarse burlando de acusaciones erróneas y causando risas en los muchos que entienden su humor.

*Voces de un ganso* era el cínico principio de una trilogía que yo escribí, y donde le dedicaba todo a mi madre, Saura. Pero por más personal que fuera todo, Galoche lo supo transferir a su memoria, concretando la razón de este premio y, de paso, dejándome un mensaje, que ya les regalé a ustedes al principio de esta recomendación. Túlio Roca es un pedazo de nada, Galoche es la nada ensimismada.

Y *La tempestad* será amada, como lo fueron todos sus libros, y quedarán los autores resignados a contar una anécdota de cuando esas palabras fueron suyas, mientras todos se dedican a besar los pies de Quincio Galoche, porque le tocará ser algo.

Por mi parte, no hay ningún problema con que Galoche tenga otro premio en su vitrina. Denle el reconocimiento, déjenlo. Todos saben la verdad de las historias suyas, de los cielos en sus ojos, de las voces de ese ganso que parece disfrutar robar huevos de oro.

Galoche se merece todo esto. Quincio se merece ser el hombre que nunca fui, el niño que su hija nunca pudo ser, el amante que Rigo-berto nunca pudo mantener, el autor que Torres nunca pudo encontrar. Dejen que robe una última vez y, en esta ocasión, dejen que se robe a sí mismo.

Déjenlo ser Quincio Galoche, que ya sin amigos, sin historias, solo le quedará ser él mismo, sin importar quién sea.

Con un pedacito de amor y un pedacito de envidia,

Firma,

Tulio Roca

\* Fragmento de *La tempestad*, libro póstumo de Quincio Galoche, ganador del premio del Archivo Literario 2018.

Andrés Felipe Caro Pérez